



§ III [1]

Fin santísimo á que se ordena este sagrado culto.

EL segundo respecto por cuya excelencia se debe medir la de este culto, es el fin altísimo á que se ordena. Declaróle Jesus á la V. Margarita en las palabras de la revelacion ya referida; y es, corresponder al infinito amor de su amantísimo Corazon, y compensar las injurias que recibe de nuestra ingratitud, especialmente en el Sacramento del Altar. Para penetrar mejor la excelencia de fin tan soberano, pongamos delante, por una parte, el amor infinito del Corazon deífico de Jesus para con los hombres; y por otra, la ingratitud de los hombres para con Jesus, especialmente en el augustísimo Sacramento de la Eucaristia; pues comparando extremos tan contrários, se dejará ver mejor cuán justa sea la queja del Señor, y cuán debido y

[1] *En el ej. post. Capitulo v.*

digno de un corazón cristiano el desagravio de sus injurias.

El amor de Jesús para con los hombres se expresa bien apropiándole aquellas palabras en que cifró él mismo [1] el de su Eterno Padre á los mismos hombres; pudiéndose decir con toda propiedad: *Sic Jesus dilexit mundum, ut se ipsum daret* [2]. De tal suerte amó Jesús al mundo, esto es, con tan excesivo amor, que se dió á sí mismo para salvarle. ¿Puede decirse más?

Jesús, aquel Señor infinito, hijo del Eterno Padre, criador de todas las cosas, suficientísimo para sí, que de nadie necesita, amó á los hombres por su naturaleza vilísimos, indignísimos de ser amados: á los hombres, cuando ya la Divina Justicia los había arrojado; y estaban sepultados en el asqueroso cieno del pecado: á estos hombres tan viles, tan feos y tan dignos del odio de Dios, amó Jesús. Pero ¿con qué amor? Con un amor tan encendido y vehemente, que no puede explicarse con palabras, ni concebirse con el pensamiento. Nos amó Jesús con tal exceso, que parece estaba abrasado con un amor divinamente ciego, si es lícito hablar así. Nos amó de suerte, que se entregó á una muer-

[1] *En el ej. post.* el Señor mismo.

[2] *Sic enim Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret* (Joann. III, 16).

te afrentosa y á ser crucificado por nuestra salvación, después de haber padecido innumerables deshonras, dolores y penas. Se anonadó en la Encarnación, tomando forma de siervo en fuerza de este amor; nació en una extrema pobreza; pasó toda su vida en trabajos, peligros, persecuciones, incomodidades y en todas las miserias á que está expuesta la naturaleza humana; teniendo su amor por fin en todos estos trabajos la salvación de los hombres: *Ut omnis [qui credit in eum, non pereat, sed] habeat vitam aeternam* (1). Padeció Jesús por nuestro amor la muerte. Pero ¿qué muerte? Acuérdate, oh alma cristiana, de las cadenas con que fué apisionado, de las bofetadas, salivas, azotes, espinas, clavos y, finalmente, de la cruz en que fué clavado: acuérdate y pásmate de que el Señor de la majestad llegase á tal extremo por amor de los hombres. ¡Oh amor inmenso! ¡Oh violencia increíble del amor! ¡Oh caridad digna solamente de un Hombre-Dios!

¿Qué no debiera hacer un corazón cristiano, si le fuera lícito volver á gozar de la regaladísima presencia de este Señor? ¿Qué no hiciera con él si á tanto exceso de finezas se dignase su divina bondad de añadir la singularísima de

(1) Joann. VI, 16 — Hemos incluido entre paréntesis las palabras del texto de la Escritura que omiten ambas ediciones.

volver á conversar y habitar entre nosotros? ¿Quién no desearia este favor tan grande y excesivo para mostrarle su amoroso agradecimiento y fiel correspondencia á este amor que nos mostró al ausentarse de nosotros en su muerte? Estas amantes ánsias y deseos, las previno el amantísimo Jesus añadiendo á tantas muestras de amor ésta que bastaba á suspendernos de admiracion, quedándose con nosotros en el divinísimo Sacramento del Altar. Ahora pregunto: ¿qué debiera esperar Jesus de nosotros á vista de tal fineza? Si posible fuera, debiéramos hacer lo que los serafines; esto es, abrasarnos incesantemente en las ardientes llamas de su amor, ó morirnos de agradecidos.

Pero ¿cuál es nuestra correspondencia al amor ardiente de Jesus en este tiernísimo misterio? Si empezamos por los herejes, ¿qué lágrimas serán bastantes para llorar las injurias y desacatos que han hecho á este Sacramento? Los más niegan este inestimable beneficio, y afirman sacrílegos que Jesus no reside en nuestros templos y altares. ¡Ay del mundo, si no estuviera este amorosísimo Señor entre nosotros como Dios amante y víctima que aplaca las justas iras del Eterno Padre! A esta herética ceguedad é increíble injuria con que, no sólo no agradecen, ántes niegan haber recibido tan im-

ponderable beneficio, siguen los sacrilegios, que son inexplicables. Roban, encienden y arruinan los templos en que habita Jesus Sacramentado; profanan de mil modos los vasos sagrados; rompen las aras; echan por tierra los tabernáculos del Altísimo, y dan cruel muerte á sus Sacerdotes: se atreven sacrílegos á arrebatarse con sus manos profanas el sacrosanto copon, que sirve de cielo al mismo Dios Sacramentado; y, lo que no puede escribirse sin doloroso asombro, arrojan en tierra el sacratísimo cuerpo del Señor, le pisan y acocean; y, por vilipendio el más infernal que ni imaginarse puede sin un sagrado horror, dan el Pan de los Angeles á sus perros y caballos. ¡Oh abismo profundísimo de maldad! ¡Oh amabilísimo Jesus, hasta dónde os ha llevado el amor de los hombres! ¡Oh Rey de la gloria, á qué estado os ha traído el deseo de quedaros con nosotros en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía!

Esto y mucho más hacen ciegos y sacrílegos los herejes. Pero los católicos, que creen y adoran á Jesus en el Santísimo Sacramento, ¿qué indicios de amor, reverencia y culto rinden á este Señor amorosísimo? Si gastasen todas sus riquezas en sagrados cultos á Jesus; si nunca se apartasen de la presencia de Jesus; si estuviesen siempre postrados con suma reverencia delante

de Jesus Sacramentado; si pensasen continuamente en Jesus; si hiciesen cuanto puede alcanzar el entendimiento humano por amor de Jesus; si hiciesen, en fin, todo lo que el mismo Jesus pide á los hombres en correspondencia de su amor: aún con todo esto, nada harian digno de tan gran huésped, de tan benévolo amigo, y de bienhechor tan insigne. Mas, ¡ay dolor! tan léjos están los católicos de hacer lo que hemos insinuado, que ni aún les debe Jesus en su Sacramento de amor las señales más comunes de benevolencia y obsequio que se observan entre los hombres mismos. Jesus Sacramentado habita en innumerables lugares de la Cristiandad, más pobre y miserablemente que los hombres de mediana y aún de ínfima esfera en sus casas. De los palacios de los poderosos, ¿qué puede decirse ni compararse con los templos sagrados de nuestros Dios Sacramentado? ¡Cuántos de aquéllos exceden incomparablemente á éstos en la magnificencia, riqueza y adornos! ¡Así se corresponde entre los católicos al amor y finezas de Jesus en este Sacramento!

Muchos cristianos viven en tan profundo olvido de que Jesus reside en los altares y templos sólo por nuestro amor, que no les debe ni aún siquiera una memoria estéril de este infinito beneficio. ¡Cuántos se hallan que en muchos días

no hacen una visita al Santísimo Sacramento! ¡Cuántos, que en muchas semanas no entran en el templo! ¡Cuántos, que en todo el año no reciben la Sagrada Eucaristía! Son innumerables. ¿Qué diré de las irreverencias: qué, de los sacrilegios: qué, de otros pecados que se cometen manifiestamente en los templos contra Jesus, Rey de la gloria? Basta decir que no hay príncipe, por pequeño que sea, en cuya presencia no estén los hombres con más respeto que en la casa de Dios y á vista suya. No hay cosa más frecuente ni más lastimosa que ver á muchos católicos aún en el tiempo mismo del santo sacrificio de la misa estar, ya en pié, ya con sólo una rodilla en tierra, ya sentados inmodestamente, ya hablando libremente, ya mirando curiosamente á todas partes, ya saludándose unos á otros, ya conversando sin reverencia ni atención al Dios de la majestad en cuya presencia están, ya en fin, portándose en todo con la misma libertad que si estuvieran en las plazas ó en las calles. ¡Así reverencian los católicos á Jesus Sacramentado en sus templos!

Mas, ¿qué diré de los que se llegan á la Sagrada Eucaristía, en la cual se nos da Jesus abrasado en nuestro amor? Unos llegan con suma frialdad; otros ni aún llegar quieren á esta sagrada mesa sino compelidos de las cen-

suras de la Santa Iglesia; otros reciben al Señor en pecado mortal, con horrendo sacrilegio; muchos se alimentan de este pan de ángeles sin amor, sin devoción, sin preparación, como si fuera un manjar puramente para saciar el apetito. ¿Qué diré del sacrosanto y tremendo sacrificio de la misa? Muchos sacerdotes le consideran sólo como un oficio útil para enriquecerse á poca costa: llegan al santo altar sin preparación alguna; dicen la misa atropelladamente, sin observar muchas de las rúbricas de la Santa Iglesia; manejan, tocan y mueven el sacrosanto cuerpo de Jesús, como si fuera un vil pedazo de pan; con tanta irreverencia, que llena de pasmo, asombro y horror á los mismos ángeles. Muchos de los demás fieles asisten á este tremendo sacrificio con negligencia, distracción de espíritu y tibieza digna de llorarse con lágrimas de sangre. ¡Esta es la correspondencia de los católicos á la fineza del amor con que los ama Jesús!

¡Oh, qué sentirá su Corazón amabilísimo, al verse tan ingratamente correspondido! Si supiesen esto los infieles, y aún las gentes más bárbaras, exclamarían sin duda horrorizadas de tanta ingratitud:—¡Oh pueblo cristiano, ingrato, rebelde y desconocido á tanto amor! ¿Tienes corazón de carne como los demás hombres, ó

antes bien de hierro y de diamante, pues no te ablandan ni el fuego de tanto amor ni el golpe de tantos beneficios? Semejante insensibilidad ¿es de hombres ó de fieras?—¡Oh Corazón amabilísimo de Jesús, el más noble, el más generoso, el más tierno de todos los corazones! ¿Cuáles, pues, serán tus sentimientos? ¡Cuán acerbo tu dolor al ver tan despreciado tu amor, y, para decirlo así, burladas en cierto modo tus finezas! ¿Esto han logrado, Jesús mío, tus deseos? ¿En esto han parado tus trabajos, tus penas, tus sudores, tus vigilijs, tus tormentos, y aún la muerte de cruz?

Con justísimo sentimiento se quejaba Jesús á su querida Esposa Margarita, mostrándola su Corazón, y diciéndola: *Ves aquí mi Corazón: aquel Corazón tan abrasado en amor de los hombres, que no omitió cosa alguna para declararles su infinito amor.* No sólo no omitió el Corazón de Jesús cosa alguna para mostrarnos su amor, sino que ejecutó excesos y finezas indecibles. Pudo Jesús salvarnos con sola una de sus lágrimas, ó una gota de su preciosa sangre; y nos redimió á costa de tan inmensos trabajos, como hemos insinuado: y aún halló su amor otro modo más excelente de manifestarse, quedándose con nosotros en el Santísimo Sacramento para alimento de nuestras almas y consuelo de

nuestros corazones. ¿Qué correspondencia no pudo esperar Jesús de los hombres? *Pero la mayor parte* (añadió en su amorosa queja), *no sólo no se muestran agradecidos, sino que me desprecian y me hieren en este misterio de amor con injurias y afrentas. Y el mayor dolor es, que padezco estas injurias y ultrajes aún de las personas que me están especialmente consagradas.*

Herido vivamente el amantísimo Corazon de Jesús de las ingratitudes de los hombres, pide á la piedad de los fieles suavicen su dolor, recompensen sus injurias y resarzan su honra vulnerada con tan sensibles ofensas. Si hay quien desee saber la recompensa que desea Jesús por lenitivo de su afligidísimo Corazon, ya la señaló él mismo en la peticion que en la V. Margarita hizo á toda la Iglesia, pidiéndola especial oficio y culto para desagraviar su Corazon ofendido, con estas palabras: *Te pido, que el viérnes inmediato á la octava de la festividad del Corpus se dedique particularmente al culto de mi Corazon: en el cual dia, comulgando, se compensen de alguna manera las injurias cometidas contra mi Corazon amante en el Sacramento del Altar, especialmente en los dias que estoy expuesto á la veneracion de los fieles.*

¿Qué cosa más justa que esta queja amorosa del amantísimo Jesús? ¿Qué expresiones más vi-

vas y poderosas para mover nuestros corazones? Si tenemos algun sentimiento de fe, si tenemos algun sentimiento de piedad para con nuestro Salvador, ¿podrán dejar de conmoverse nuestros corazones con las tiernas quejas y amantes expresiones de Jesús? ¿Podrán dejar de hacer todos los esfuerzos posibles para satisfacer sus amorosas ansias y deseos? A todos y á cada uno de nosotros en particular, nos dice como á su Esposa Margarita: *Te pido, que el viérnes inmediato á la octava de la festividad del Corpus se dedique particularmente al culto de mi Corazon.* ¿Habrá quien niegue á Jesús tan amorosa y justa peticion? ¡Oh dulcísimo Jesús! yo consagraré todos los dias de mi vida, al culto de vuestro santísimo Corazon, el viérnes inmediato á la octava del Corpus, para reparar vuestras injurias; yo procuraré con mis débiles fuerzas que ejecuten lo mismo todas las almas con quienes Vuestra Majestad se dignase darme algun crédito.

De la comparacion hecha en este párrafo [1], (para venir finalmente á su conclusion), entre el amor del Corazon de Jesús y las ingratitudes de los hombres, consta cuán justa sea su amorosa queja, y cuán grande nuestra obligacion de resarcir sus ofensas. De donde se infiere consi-

[1] *En el ej. post. Capitulo.*

guientemente, cuán propio sea de un ánimo cristiano corresponder á las finezas de aquel amante Corazon, y desagruar con todo género de obsequios sus injurias: en lo cual, como al principio se dijo, consiste el fin soberano de este culto. Pondérese con atenta reflexion la grandeza y santidad de fin tan alto; y por ella [1] se podrá formar algun concepto de la excelencia y dignidad del culto que á él se dirige. ¡Oh corazones, cuántos os preciais de generosos! en el culto de este rey de los corazones tiene digno empleo vuestra generosidad. ¡Oh Corazon divinísimo, si movieseis á algunos de aquellos vuestros siervos que buscan en todo la mayor gloria de su Dios, para que volviesen por la vuestra tan indignamente ofendida. ¡Oh Jesus dulcísimo, si inspiraseis á vuestra amada Esposa la Iglesia Santa, que ella misma se emplease en los desagruos de vuestro sacrosanto Corazon ingratamente injuriado, y empeñase á todos sus fieles y verdaderos hijos en su sagrado culto, para reparar de algun modo las malas correspondencias que sufre vuestro amor injustamente ultrajado y desatendido de los hombres, especialmente en el adorable Sacramento del Altar, misterio verdaderamente del amor de vuestro amantísimo Corazon!

[1] *En el ej. post. por esta.*

CAPÍTULO VI

Escuela del Corazon Sagrado de Jesus.

Para corresponder de algun modo al infinito amor del Corazon de Jesus, y huir, como es justo, el vicio de ingratos, será bien estudiar en la escuela del mismo divino Corazon, la celestial ciencia de amor y gratitud á este Corazon amabilísimo. A este fin servirán las breves meditaciones de este capítulo, y las prácticas, novena y afectos de los siguientes. En las meditaciones se han puesto varios sucesos, afectos y propósitos de la V. Margarita María de Alacoque, para dar más clara noticia de la devocion al Corazon de Jesus, que nos descubrió esta portentosa mujer. Sólo se pone una brevísima insinuacion de la Escuela del Corazon de Jesus, deseando que alguna pluma dichosa, abrasada en los ardores del mismo Sagrado Corazon, nos descubra la ciencia que podemos aprender en esta celestial escuela.

Las meditaciones son solas cinco, por la brevedad, y en honor de las cinco hermosísimas llagas, con que Jesus se mostró un dia á la V. Margarita. *Jesucristo mi divino maestro* (dice esta regalada Esposa de Jesus), *se me mostró gloriosísimo: sus cinco llagas resplandecientes como cinco soles: de su sagrada humanidad salian llamas por todas partes; mas, sobre todas, de su adorable pecho, que parecia un horno encendido: en medio de este horno fogoso me mostró su amabilísimo Corazon, que era la fuente de estas llamas.**

* *Su Vida*, (lib. IV, pág. 119).